

Dra. Lourdes Tamayo Sánchez



Los miembros del Servicio de Dermatología de Instituto Nacional de Pediatría de México Carola Durán-McKinster, Ramón Ruiz-Maldonado, Luz Orozco-Covarrubias, María del Mar Sáez de Ocariz, Carolina Palacios y Mónica Mérida-Galván comunican con profunda pena a la Comunidad Dermatológica mexicana e internacional el fallecimiento de la Dra. Lourdes Tamayo Sánchez, acaecido el 23 de noviembre del presente año.

La doctora Tamayo, como todos los que la conocimos sabemos, dedicó gran parte de su vida a la Dermatología Pediátrica desde 1971 hasta unos días antes de su muerte.

Fue durante 10 años jefa del Servicio de Dermatología del INP y fue también miembro numerario de la Academia Nacional de Medicina y de muchas otras sociedades científicas nacionales y extranjeras.

En el campo de la investigación, publicó cientos de artículos, algunos de ellos, como *El uso de retinoides orales en niños con trastornos severos de la queratinización*, fueron pioneros.

Llamaba la atención de propios y extraños su continuo interés por todas las novedades y su perenne deseo de aprender, que denotaban la juventud de espíritu que siempre tuvo.

En el campo de la docencia, transmitió sus conocimientos, que eran muchos, a numerosas generaciones de residentes en las aulas y a especialistas, en cursos y congresos.

Su paciencia, sencillez, buena voluntad e interés en sus alumnos, fueron más cercanos a los de una madre con sus hijos, que los de una maestra con sus discípulos. Sin duda, para ellos, su fallecimiento es una pérdida dolorosa y ella es insustituible, pero también un ejemplo a seguir, puesto que muchos son actualmente, a su vez, maestros.

Más allá de sus logros científicos y académicos, la doctora Tamayo fue un ser humano excepcional. Sin temor a equivocarme, puedo decir que nunca la escuché hablar mal de nadie, ni a nadie que la conociera, hablar mal de ella.

Con los pacientes era comprensiva y cariñosa, y creó vínculos de amistad que frecuentemente perduraban más allá del consultorio. Cuantos pacientes trató de niños, volvían, orgullosos, a visitarla con sus hijos.

Su muerte la aleja físicamente de nosotros, pero tal vez, para todos aquellos que tuvimos el privilegio de conocerla y tratarla, su espíritu y su ejemplo seguirán presentes por muchas generaciones.

Dr. Ramón Ruiz-Maldonado,
noviembre de 2006

El 23 de noviembre de este 2006 falleció en la Ciudad de Cuernavaca, Morelos, la Dra. Lourdes Tamayo Sánchez y, con ello, queda un verdadero hueco dentro de nuestra dermatología nacional.

Se dice con frecuencia que “si quieres conocer tus cualidades, muérete”... pero esto, en el caso de Lourdes, no aplica de ninguna manera. Para todos los que tuvimos la oportunidad y el verdadero honor que representó ser considerados sus amigos, su pérdida es una gran pena por todo lo que ella llegó a significar en diversos aspectos de su vida, plena de auténticos logros en lo profesional y como ser humano de altísima calidad.

Estoy plenamente seguro de que Lourdes no tuvo una sola persona que la conociera y tratara que no la haya llegado a querer en mayor o menor grado, dependiendo del tiempo y la oportunidad de convivir con ella.

Para el suscrito, fue una entrañable compañera de trabajo y amiga desde que nos conocimos allá por los lejanos años sesenta en el viejo Instituto de Enfermedades Tropicales, adonde ella llegó para llevar a cabo su residencia en la especialidad, siendo contemporánea de Clemente Moreno, Charles Meuregh y María Teresa Hojyo, con quienes también estableció de inmediato lazos de amistad que iban a durar hasta su partida.

Fuimos compañeros de ideales, pensando siempre en mejorar los estándares de la dermatología mexicana y contemplando la posibilidad de migrar a algún lugar en mejores condiciones para lograrlo; ella lo consiguió primero, al conocer a Ramón Ruiz Maldonado y fundar juntos el Departamento de Dermatología de lo que ahora es el Instituto Nacional de Pediatría. Ellos dos fueron, sin lugar a dudas, los pioneros de la Dermatología Pediátrica en nuestro país y ellos también organizaron el I Congreso Mundial de esta subespecialidad, que tuvo lugar en ese mismo sitio.

Compañeros y amigos de siempre, convivimos en una gran cantidad de reuniones, seminarios, cursos y congresos nacionales e internacionales y Lourdes fungió como tesorera del XV Congreso Internacional de Dermatología (ahora Congreso Mundial) llevado a cabo en la Ciudad de México en octubre de 1977.

Si algo caracterizaba a nuestra amiga, era su entusiasmo por todo lo relacionado con la dermatología, no sólo la pediátrica, sino la general también, poniendo siempre su interés y devoción por asistir y participar activamente.

Por su innata generosidad, todo lo que oía tenía para ella algún punto de interés, por más que tal o cual conferencia hubiera sido desastrosa, y no era porque fuera poco crítica, pues con su bagaje académico y científico –y por los innumerables acontecimientos del mundo dermatológico que presencié– tenía la capacidad de discernir sobre la real valía de todo lo presentado en cualquier seminario o congreso, sólo que, para ella, era importante encontrar, aunque no lo hubiera, el ángulo positivo de lo que se presentaba y quien lo exponía... para ella no existía gente mala o mal intencionada. Por ello no tenía a nadie que no la llegara a estimar en cuanto se daba la comunicación y aquella persona, ya fuera médico o no, sin lugar a dudas, se daba cuenta de la clase de persona que era Lourdes Tamayo.

Y si eso sucedía con sus compañeros y amigos, lo mismo acontecía, pero en grado sumo, cuando se trataba de sus pequeños pacientes, con quienes ese cariño se desbordaba en forma incontenible y, por lógica, se lo transmitía tanto a ellos como a sus padres.

Tuvimos la fortuna de tener una más estrecha amistad con ella, pues fuimos compañeros de consultorio en Médica Sur. Lourdes asistía puntualmente cada mes a nuestra Clínica de Dermatología Pediátrica que llevamos a cabo en nuestro servicio del Hospital General *Dr. Manuel Gea González*.

En síntesis, nuestra querida amiga se ganó a pulso todo el inmenso cariño de cuantos le rodeamos en su vida.

Ahora que ya se ha ido –como que no lo podemos creer– recordamos vívidamente su actividad incesante, su entusiasmo y su disposición a darse por completo a todo lo que se relacionara con su constante superación en lo académico y en lo científico. Pero si algo extrañaremos por siempre es su generosidad y ternura que, insisto, ella prodigaba de manera natural y genuina. Reiteramos, la Dermatología Mexicana ha perdido a una profesional que siempre dio lo mejor de sí en beneficio de todos los que fuimos compañeros y amigos, pero, sobre todo, de sus pacientes y, desde luego y en primer lugar, de su familia.

Adiós, querida Lourdes, tu espíritu estará siempre entre nosotros aunque ya no exista la presencia física de esa gran dama que fuiste en vida.

Luciano Domínguez Soto